

Homilía de XIX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“El que cree tiene vida eterna”

Introducción

Mientras avanza el mes de agosto, verano en el hemisferio Norte, continuamos sumergiéndonos en el discurso del Pan de Vida que narra San Juan en el capítulo 6 del Evangelio, y que nos va a acompañar aún durante varias semanas. Tras la multiplicación de los panes que impactó y dejó saciados a más de cinco mil hombres en los días cercanos a la Pascua, Jesús siente la necesidad de explicar a sus oyentes el significado de lo sucedido: el ser humano tiene un hambre profunda, una necesidad de algo mayor, y solo Él puede convertirse en alimento auténtico. Comer el pan que Jesús ofrece significa entonces creer en su Palabra, anticipo de la Eucaristía. Esta afirmación suscitará una gran controversia entre sus oyentes.

También nos trae ecos de conflicto la experiencia vivida por Elías en su huida al Horeb, que relata la primera lectura. Ciertamente las dificultades no son ajenas al cristiano, pues forman parte de la vida humana y de las sociedades en las que estamos inmersos. Pero la Palabra nos ayuda a abordarlas y salir reforzados de ellas. La receta más sencilla la ofrece Pablo a los de Efeso: “Sed buenos... sed imitadores de Dios”.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro primero de los Reyes 19, 4-8

En aquellos días, Elías anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor más que mis padres!»». Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate, come». Miró alrededor y a su cabecera un pan había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo». Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Salmo

Sal. 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. /R. Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escucha y lo salvó de sus angustias. R/. El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege. Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 4, 30–5, 2

Hermanos: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6, 41-51

En aquel tiempo, los judíos murmuraban de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?» Jesús tomó la palabra y les dijo: «No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Pautas para la homilía

A veces nos visita el conflicto

Y no podemos hacer nada por evitarlo. Forma parte de la condición humana, y en mayor o menor medida nos afecta. Hay conflictos de todo tipo y de distintos grados; los que nos tocan individualmente, y los que se mueven a escala internacional. El profeta Elías, perseguido por la reina Jezabel tras defender la fe monoteísta de Israel, huye al Horeb, el monte del encuentro con Dios. Jesús, experto en conflictos a lo largo de todo el Evangelio, se ve confrontado ahora por los judíos a los que acaba de alimentar y que no entienden el sentido del signo realizado. Quizás, lo cómodo sería escapar de esas realidades que cuestionan, duelen y traen sufrimiento. Pero lo más humano, lo evangélico, es servirse de ellas para crecer, acogerlas como una oportunidad. Utilizar el diálogo y la escucha, la palabra y hasta la fe, para atravesarlas con confianza. Tenemos en lo humano herramientas para superar las dificultades de forma victoriosa. Tal vez el primer paso sea quitarnos el miedo, confiar en el poder de la palabra y en la bondad intrínseca de todas las personas.

Cuando el conflicto se convierte en problema

Suele ser lo más habitual. En los contextos cercanos hay dificultades no resueltas o enquistadas que terminan en fracaso. Sucede a nivel comunitario o familiar, e incluso en los ámbitos políticos o de relaciones institucionales. Cuando las sospechas son mayores que la confianza, o los intereses ocultos que la necesidad del diálogo, nos enfrentamos con problemas complejos. Hay actitudes que dinamitan las vías del encuentro y frenan las posibilidades de seguir caminando. Parar es una tentación, tirarlo todo por la borda: es lo que vive Elías cuando ve mermadas sus fuerzas. Y lo es vivir cerrado a la novedad del otro, a lo que puede aportar más allá de los prejuicios: lo experimentan los judíos, que encasillan a Jesús, pues “conocen a su padre y a su madre” (Jn 6,42). Es tentador, a la vez que habitual, vivir sin hambre, sin un deseo profundo de algo más, sin una puerta abierta que culmine en la fe, en la experiencia vital de Dios, o al menos aceptar esa realidad en el otro: los mismos judíos, presos de una religiosidad alejada de la vida, se cierran a la oferta de Jesús. Cuando falta la actitud de acogida y respeto, falla el encuentro.

Alimentarse y vivir lo eterno

En el Horeb, en medio de su desolación, Elías se sintió alimentado y recobró las fuerzas. Fue algo más que una torta cocida y un poco de agua. Quizás la ayuda de Dios por medio de su ángel. El Pan de la Eucaristía, prefigurado ya en aquella experiencia, ha sido fortaleza para multitud de personas a lo largo de la Historia. Y el alimento de la Palabra de Dios ha puesto en pie a generaciones de cristianos, que han reconocido en Jesús al verdadero Pan de Vida. La “comida rápida” no ha llegado solo a nuestras mesas, también amenaza a nuestra manera de vivir la fe. No nos vale cualquier alimento, sino aquel que la Iglesia reconoce en Jesús, ese que fortalece en el presente y se nos asegura como prenda de eternidad. Somos invitados a buscar lo que llena y da vida, un manjar de autenticidad y plenitud que denuncia nuestras frágiles búsquedas y los alimentos fugaces. En nuestro interior hay una sed de eternidad honda que solo en Jesús podemos colmar por completo.

Tener fe y seguir caminando

“Yo no tengo fe”, escuchamos con frecuencia en aquellos que no han estado en contacto con la experiencia cristiana, pero también en bautizados. ¿Dónde está el secreto? ¿Será que hay ausencia de deseo en la persona? ¿Que nos fallan las mediaciones necesarias para que se produzca el encuentro? Jesús define la fe como una atracción: “nadie viene a mí si el Padre no lo atrae” (Jn 6, 44) . La experiencia religiosa se asienta sobre un Dios atrayente y atractivo, siempre abierto al encuentro, que toca lo afectivo desde la seducción. Y esa experiencia de ser cautivados no es estática, sino que pone en marcha, invita a seguir caminando, a jugarse la vida por un proyecto. Una fe, una seducción, que se pide, se desea y se vive junto a otros.

Sed buenos

Es la invitación de Pablo a los efesios. Como el consejo que dan las madres de todos los tiempos a sus hijos, la llave que abre la puerta de la felicidad. La bondad “a imitación de Dios” (Ef 5,1) es actitud para resolver conflictos (no por rendirse, sino por seguir intentándolo con confianza), pero también es vía de acceso al encuentro con Dios, a la experiencia de la fe. “Ser buenos” -que no es meta, sino inicio- es una manera de pasar por la vida disfrutando del encuentro, comprometiéndose con la realidad, entrando en la sintonía de Dios. Él, todo Bueno, llevará a plenitud los actos de bondad del ser humano



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Evangelio para niños

XIX Domingo del tiempo ordinario - 12 de agosto de 2018



Discurso en la sinagoga de Cafarnaún

Juan 6, 41-52

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo criticaban los judíos a Jesús porque había dicho "yo soy el pan bajado del cielo", y decían: -¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo? Jesús tomó la palabra y les dijo: -No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; éste es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Explicación

En una ocasión Jesús dijo a quienes le escuchaban: " Yo soy el pan que viene de Dios. Comed, porque el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo doy es mi vida, que os la entrego, para que crezcáis y tengáis fuerza".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DECIMONOVENO DOMINGO ORDINARIO – CICLO "B" - (JUAN 6, 41-52)

NARRADOR: En aquel tiempo, criticaban los judíos a Jesús porque había dicho «yo soy el pan bajado del cielo», y decían:

JUDÍOS: ¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre?, ¿cómo dice ahora que ha bajado del cielo?

NARRADOR: Jesús tomó la palabra y les dijo:

JESÚS: No critiquéis: Nadie puede venir a mí, sino lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: «Serán todos discípulos de Dios.»

JUDÍO 1: ¿Pretendes darnos lecciones, cuando todos te conocemos?

JESÚS: Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree en mí tiene vida eterna.

JUDÍO 2: ¿Nos quieres decir que tú eres el que ha visto al Padre? Demuéstranos que tú eres el que viene de Dios y no seas tan engreído.

JESÚS: Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

JUDÍOS: ¿Acaso tú eres más que Moisés y que nuestros padres?

JESÚS: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández